

El Archivo, apresurando y mejorando científicamente sus publicaciones, cumplirá debidamente su misión y será útil a la cultura del país y a quienes la sirven auscultando el pasado.

*Isaac Manuilis.*

*Los ideales y la realidad en la literatura rusa*, por PEDRO KROPOTKIN, traducción castellana de Salomón Resnik. Editor, M. Gleizer, Buenos Aires.

El vivo interés que hace algunos años despertara entre nosotros el conocimiento de las obras maestras de la literatura rusa se mantiene firme sin que aparezcan señales visibles de decaimiento. Las novelas, cuentos y dramas, de Turgueniev, Tolstoi, Dostoiewski, Andreieff, Chejov y Gorki, no siempre traducidos al castellano con honradez y corrección, cuentan en nuestro medio con innumerables y fervientes admiradores. Pero, si abundan las traducciones, sean ellas mediocres o no, que puedan dar una idea del valor literario de las más famosas creaciones de los autores citados, carecíamos, en cambio, hasta ahora, de una transcripción que permitiese, a los que sólo leen en castellano, conocer algunas de las buenas historias de la literatura rusa existentes.

Tan lamentable vacío acaba de ser llenado con verdadero acierto por el conocido editor M. Gleizer, quien brinda a los lectores de habla española una pulcra y bien presentada edición de las ocho conferencias que diera Pedro Kropotkin, en marzo de 1901, en el Instituto Lowell, de Boston, a las que, posteriormente, en 1907, al ser traducidas al ruso bajo su dirección, agregó algunos capítulos y aclaraciones que transformaron las conferencias en una verdadera y orgánica historia de la literatura rusa del siglo pasado, si bien algo limitada en lo que concierne a varios escritores de la última época.

De la primitiva edición inglesa existía también una traducción alemana — *Ydeale und Wirklichkeit in der russischen Literatur* — efectuada por Ebenstein y editada en Leipzig en 1906.

Posteriormente se ha hecho una segunda edición inglesa de la cual Kropotkin ha eliminado algunas páginas sin que dé la razón que ha tenido para ello, enriqueciendo otras, en cambio, con noticias y juicios que no aparecen en la primera edición. Diré de paso que esta segunda edición lleva un prefacio que no por lo breve deja de ser interesantísimo. Ignoro por qué causas no ha sido reproducido, como correspondía, en la versión que comento. Finalmente, debe mencionarse la admirable traducción italiana, obra del talentoso escritor Ettore Lo Gatto — *Ideali e realtà nella Litteratura russa*. Editor, Ricciardi, Napoli,

1921 — a quien tanto deben las letras rusas por sus magníficos estudios y concienzudas versiones.

El proceso político de Rusia se identifica de tal manera con la historia de su literatura que el estudio de ésta no puede hacerse sin una continua y dramática referencia a los sucesos revolucionarios que han agitado durante un siglo al gran país. No hay una sola figura literaria de positivos méritos que no haya participado, directa o indirectamente, en las agitaciones políticas. De ahí que, en buena parte, tanto la poesía como la novela o la crítica, hayan sido en Rusia medios propicios para la divulgación de ideas o principios que no hallaban otras formas más adecuadas para ser exteriorizados sin contravenir las severas disposiciones de la autocracia. Todo esto da un inconfundible carácter a la historia de la literatura rusa. Y, cuando esta historia la escribe, como en el caso que comento, un hombre cuya celebridad la debe, en buena parte, a su decidida intervención en los acontecimientos revolucionarios, sus páginas adquieren una vehemencia, un colorido y una intensidad, que en vano podríamos buscar en las obras de este género de los autores occidentales.

Kropotkin no ha podido, y debemos felicitarnos de ello, substraerse al encanto de mezclar sus bien meditados juicios literarios con toda suerte de atinadas observaciones de orden político y social, sin las cuales, por otro lado, difícil le hubiera sido explicar el contenido de las obras más famosas y hermosas de la literatura rusa. Si a esto agregamos el hecho poco frecuente de haber visto, casi podría decirse, nacer lo que realmente constituye la literatura de su país, de haber conocido personalmente a los escritores más renombrados, de haber actuado durante medio siglo en el ambiente político y moral del que han surgido todos los protagonistas de la literatura del siglo pasado, desde Jlestakow (el inspector general de Gogol), hasta los vagabundos filósofos que pupulan en los cuentos de Gorki, se tendrá una idea del extraordinario valor de su libro y del interés que despierta el relato, bellamente animado por los recuerdos y enaltecido por un soplo de sincero humanismo. Si *Los ideales y la realidad en la literatura rusa* no reúne, quizá, para algunos, los elementos necesarios como para conceptuarla una verdadera historia de la literatura, tal cual la han concebido y conciben la mayoría de los escritores occidentales, convengamos, en cambio, que su forma, su estilo y su finalidad son los más apropiados para provocar en el ánimo del lector profano el anhelo de conocer las obras de los autores que allí aparecen bosquejadas con inusitado vigor.

Desde las primeras páginas, que encierran dos soberbios estudios sobre Puchkin y Lermontov, hasta las últimas, en las que se juzga la vida y la obra de

Chejov, el interés del hermoso libro no decae un solo instante. El que supone hallar una fría sucesión de fechas y de nombres que es lo que muchas veces ocurre con esta clase de obras, podrá comprobar, desde las primeras líneas, lo engañado que ha estado, y quedar, finalmente, admirado, al comprobar cómo las 300 páginas del libro se leen con la misma facilidad e idéntico deleite que pueda brindar la novela más hábilmente urdida. Tiene esto su explicación, pues la vida de cada uno de los escritores allí relatada, encierra, por sí sola, la más emocionante y accidentada sucesión de tristes peripecias. Así averiguamos, con el corazón acongojado, lo que fué la existencia de Nekrasov, el gran poeta «de la venganza y de la melancolía», que soportó durante tres años consecutivos frío y hambre; lo que fué la vida de Levitov, cuyos sombríos relatos de los bajos fondos de Moscú no son más que pura autobiografía; la de Ostrowski, no menos desdichada que la de Dostoiewski; la de Radischtchef, perseguido con terrible saña por la cruel Catalina II, y como la de éstos, la de muchos otros grandes escritores que mueren agobiados por la miseria en plena juventud — son legión los que apenas llegaron a los treinta años — o sufren la aniquiladora persecución de la tiranía.

Del libro que motiva estos ligeros comentarios merecen una mención especial los capítulos IV y VII. El primero está consagrado a Turgueniev y Tolstoi, constituyendo las páginas dedicadas al pensador de Iásnaia Poliana un sólido y comprensivo estudio sobre los diversos aspectos de su monumental labor. En el segundo, o sea el capítulo VII, se habla de los llamados novelistas del pueblo que forman un importante núcleo de escritores «casi totalmente desconocidos en la Europa occidental y que, sin embargo, representan la parte más típica de la literatura rusa». Hay allí substanciosas consideraciones sobre la escuela realista rusa e interesantes noticias y juicios críticos sobre sus más destacados maestros como ser: Grigorovich, Danilewski, Kokoref, Pissemski, Pomialowski, Gleb Uspenski, etc.

En estas épocas de verdadera y angustiosa desorientación literaria o, si se quiere, de transición, en las que cada día surge una nueva tendencia o escuela estética sin que su efímero tránsito aporte algo provechoso para la historia de las letras, el libro de Kropotkin puede ser sumamente útil como demostración de los medios de que se han valido los maestros rusos para imponer un arte lleno de originalidad y hondo sentido humanitario. En sus obras el más crudo realismo se hermana con feliz espontaneidad, con el más elevado idealismo. Han sabido realizar dentro de su época una labor intensamente innovadora sin incurrir en necias exageraciones ni desconociendo los límites que una acertada concepción de la vida y del arte les imponía como un deber ineludible. Y de esto podemos extraer una saludable enseñanza.

La obra de Kropotkin ha sido traducida al castellano por el señor Salomón Resnick. Su versión bien puede señalarse como buena. El rico caudal expresivo, el comunicativo calor, el sincero sentimiento que Kropotkin ha prodigado en su libro, reviven en la traducción castellana. Y esto es más que suficiente para que el señor Resnick pueda ser felicitado por su labor ya que ella ha sido realizada con tanta prolijidad como inteligencia.

Hubiera convenido, sin embargo, y nada habría costado hacerlo, agregar al final un índice de nombres, tan necesario en obras de esta índole, como lo lleva la traducción italiana de Ettore Lo Gato y la alemana de Ebenstein, ya citadas al comienzo de estos apuntes. Y ya en tren de hacer observaciones, haré esta otra: a los fines prácticos de la obra hubiera prestado buenos servicios una nómina de los principales libros rusos traducidos al castellano, con lo cual se facilitaría la tarea al lector que, una vez leída la obra de Kropotkin y estimulado por su entusiasmo, deseara conocerlos.

*Alejandro Castiñeiras.*

*El marqués de las Navas*, comedia de LOPE DE VEGA, publicada por José F. Montesinos. *Teatro antiguo español*, textos y estudios, volumen VI, 8°, 214 páginas + 4 facsimiles. Madrid.

En España, entre los filólogos que actualmente consagran sus mejores energías a la tarea siempre ardua de editar viejos textos, pocos son los que a semejanza del señor Montesinos saben obtener lecciones tan fidedignas de los manuscritos, a pesar del estrago que el tiempo por una parte y la incuria del copista por otra hayan podido introducir en ellos. Pocos poseen como el señor Montesinos la rara capacidad crítica de saber condensar, en una serie de breves notas, datos suficientes como para aclararle al lector toda una figura y hasta todo un momento de la historia literaria.

En gracia a tales méritos, que las hacen aptas y a veces indispensables para servir de base a estudios históricos e investigaciones lingüísticas, las ediciones del señor Montesinos gozan ya de justa preferencia, no sólo entre los doctos, amigos de utilizarlas en sus rebuscos críticos, sino también entre las personas que sólo manejan tales textos por modo recreativo o en procura de un bien aquilatado solaz estético.

El señor Montesinos, como editor y como crítico, parece estarse especializando ahora en el estudio de Lope de Vega y sus obras, toda vez que con anterioridad a *El marqués de las Navas*, en la misma serie de *Teatro antiguo español* (volúmenes IV y V) tiene editadas otras dos comedias de Lope: *El cuerdo loco* y *La co-*